§ III

De la dichosa muerte del P. Juan de Trejo.

Cogió la muerte á este siervo de Dios en la mejor ocasión que él pudiera desear, pues fué en tiempo en que con nuevos fervores todo se empleaba en ejercicios de virtud y santidad, porque estaba en el noviciado de Tepotzotlán y en él tenía el año de su tercera probación en compañía de los otros Padres que también se preparaban, para en habiendo cumplido con esa obligación, ser enviados á misiones y á los demás ministerios de la Compañía. En este puesto y ocupación procedía nuestro P. Trejo con gran fervor, que todo se ejercitaba en actos de muy grande humildad, en los oficios más bajos de casa, en decir y pedir le dijesen sus faltas á menudo, en buscar y pedir lo más roto y pobre, en mortificación y penitencia y en los demás ejercicios de aquel año de probación que en la Compañía se usa: ninguno le echó el pie adelante y todos tuvieron que imitar en él; si había enfermos acudía así á confesarlos como á darles de comer, á consolarlos y regalarlos con gran caridad y celo, y vez hubo que pidiendo licencia se estuvo todo el día sin comer bocado, dando todo lo que le habían de dar en el refectorio á un Indio pobre que había venido algunas leguas á confesar. A la entrada de su probación tuvo quince días de ejercicios con tanto deseo y gusto de entregarse todo á Nuestro Señor, que en muchos de ellos gastaba nueve horas en oración mental, sin la vocal de Rosario y otras devociones. y del Oficio divino que siempre rezó de rodillas después que se ordenó. En todo el demás tiempo del año añadía tres horas de oración á las que señala la instrucción.

Estando, pues, actualmente en otros ejercicios para partirse á una misión de las que entre Indios bárbaros y nuevos en la fe, tiene esta Provincia, le sobrevino una fiebre mortal que quebrando en tabardillo le acabó al veintiuno y á los tres de Diciembre, entre tres y cuatro de la mañana, y túvose por cierto que el Padre alcanzó de Nuestro Señor esta muerte tan dichosa, porque todo el tiempo de su probación no trataba de otra cosa, pidiendo á algunos de casa le ayudasen con sus oraciones á alcanzar de Nuestro Señor que le llevase á verlo y gozarlo en su gloria, y pareció haber tenido prenuncios de haberlo conseguido, por las palabras que dijo cuando le señaló el Padre Provincial para la misión, diciendo á uno de los nuestros que á él le esperaba la del cielo, y que esta otra la tenía Nuestro Señor guardada para otro que con más fervor y fruto le serviría en ella. Y aunque se pensó que se le había pegado el tabardillo de confesar algunos Indios que tenían enfermedades mortales; pero lo cierto se averiguó que estando enfermo y muy peligroso un Padre, lengua de los más importantes que había en el Colegio de Tepotzotlán, el P. Trejo se fué á decir Misa por la salud del enfermo, y con muy particular sentimiento y lágrimas ofreció á Nuestro Señor en manos de la Virgen Santísima su vida por la del Padre, teniendo ésta por más importante y necesaria que la suya, por la gran falta que hiciera el dicho Padre si su divina Majestad se lo llevara, porque era gran lengua otomí é incansable operario en estos Indios, y se creyó que Dios Nuestro Señor

había aceptado la oración y oferta de su siervo P. Juan de Trejo, el cual ejercitó lo más fino de la caridad dando su vida por la de su Hermano, y añadiéndose á esto el habérsele pegado su mal por confesar y ayudar á los enfermos, y el haber admitido, con gran gusto y resignación, cuanto fué de su parte el puesto á que la obediencia le había destinado. Y así lleno de méritos se fué á descansar en paz al cielo, habiendo tenido acá el Purgatorio en los dolores con que le aquejó su enfermedad hasta acabarle la vida, habiéndose confesado generalmente y recibido el Santísimo Sacramento, estando de rodillas en la cama con ternura y lágrimas, y no menos la Extremaunción. Muchas cosas particulares y de mucha edificación, fuera de las dichas, se pudieran referir para consuelo de los que leyeren esto, que se dejan por no dilatarnos tanto. Por una suerte mía concurrí con este bendito Padre y fuí connovicio suyo en el tiempo de nuestro noviciado, y en él echaba de ver una condición, virtudes y costumbres angélicas en el Hermano Trejo, juntas con una alegría santa que resplandecía en su rostro en los ejercicios en que la obediencia lo ocupó, y era indicio del fervor de espíritu que ardía en su alma. Era en este tiempo nuestro Maestro de novicios el P. Francisco Baez, que acababa de ser Provincial, y había recibido este ángel en la Compañía y lo miraba como á tal, y viéndolo tan adelantado para cualquier obra de humildad y ejercicio de ella, cuando no tenía más que 16 años, por mortificarlo lo llamaba el travieso, y lo decía con razón, porque eran varias las trazas que él mismo buscaba para mortificarse, aunque también procuraba (porque era muy cuerdo) que no fuesen exquisitas en la Religión ni singulares. Murió, finalmente, este religioso y sacerdote santo, el año de 1614, llevándosele Nuestro Señor de edad de 28 años y de 13 de Compañía, y está enterrado en nuestro Colegio de México. Fué muy sentida su muerte, así por haber sido tan temprana, como por la falta que había de hacer un tal sujeto en la misión de los Indios Xiximes, para donde estaba señalado y él había aceptado con particular gusto y consuelo, y aquellas almas se pudieran prometer con tal misionero muy grande aprovechamiento con su singular fervor en que siempre perseveró incansablemente. Todos los que le conocieron envidiaron mucho su dichosa muerte, juzgando que fué á gozar del grande premio de sus excelentes virtudes, y de algunas de ellas hace mención el P. Eusebio Nieremberg en algunas de sus obras.

CAPITULO XXI.

Vida del muy religioso P. Diego López de Mesa, uno de los que vinieron á fundar la Compañía á la Nueva España. Año de 1615.

De otro Padre, llamado también Diego López, y que vino de España á la fundación de esta Provincia, y fué el primer Rector del Colegio de México, queda hecha larga relación en el libro primero de esta historia; y á distinción suya del que ahora escribimos llamamos Diego

López de Mesa, varón que con sus talentos de gobierno, de letras y grande Religión, ayudó mucho á la fundación de dicha Provincia, y con los ejemplos de sus virtudes la edificó y honró: títulos todos que nos obligan á hacer mención de ellos aquí. Vino el P. Diego de Mesa á la Nueva España de la Provincia de Castilla la Vieja, ordenado ya de sacerdote, y así desde luego comenzó á trabajar con mucho fervor en nuestros ministerios de predicar y confesar: ocupación en que tenían mucho quehacer nuestros primitivos Padres en aquel tiempo, porque como eran pocos entonces nuestro operarios, y por otra parte, con la novedad de los nuevos Ministros del Evangelio que habían llegado de España, estaba muy movida la gente, les era forzoso á los nuestros, aunque eran pocos, trabajar por muchos, de que le cabía buena parte al P. Diego López de Mesa. Pero reconociéndose en este muy religioso y prudente sujeto el caudal y talento que tenía para gobierno, andando el tiempo le empleó en él muchos años la santa obediencia. Fué Rector de los Colegios de Pátzcuaro, Valladolid y del de la Puebla de los Angeles, y después del Colegio de México, y Prepósito de la Casa Profesa; habiendo sido también Compañero y Secretario del Provincial. Pruebas todas que dan á entender y confirman lo mucho que se pudiera decir de la prudencia y muy religiosas virtudes de este venerable sujeto. Porque en todos esos oficios mostró siempre un grande celo de la observancia religiosa y estimación del Instituto y reglas de la Compañía, en que se dice todo lo que puede hacer ilustre y señalado á un insigne religioso.

Aunque anduvo también ocupado este santo varón en los oficios y ministerios que tuvo, con todo, fué tan grande y singular su aplicación al estudio de la Sagrada Escritura y lección de los santos y expositores de ella, que compuso el libro que intituló: *Mensa Spiritualium Ciborum*. Mesa espléndida de manjares, no corruptibles, sino espirituales y celestiales de la Sagrada Escritura, apoyada con las sentencias y explicación de los santos, en que se recreaba el espíritu muy recogido en su celda de este bendito Padre. Esta obra se imprimió por Horacio Cardón en León de Francia, la cual fué muy bien recibida de hombres doctos, y de grande utilidad para los predicadores que la han leido con mucho aplauso. Y bien mostró su mucha humildad en esta obra el P. Diego López, pues en el título no se quiso llamar autor de ella (aunque le costó tanto estudio y trabajo), sino que solamente se llama Colector de los Lugares que recogió de los expositores y santos, dándoles á ellos la honra de su santa doctrina y enseñanza.

Habiendo trabajado tan loable y religiosamente este venerable Padre tantos años, los seis últimos de su vida, fué Nuestro Señor servido de enviarle una enfermedad que, junta con la ancianidad de su edad, le redujo á términos de una tan grande simplicidad de niño, que desde ese tiempo se pudo decir que perdió el uso racional y murió á este mundo, y quiso Dios que viviese esos 6 años en este estado de simplicidad, aunque sin ofensión de nadie, hasta su muerte. La cual se pudo con razón decir que no le cogió desapercibido, porque demás de que 47 años antes que le sobreviniera el achaque, había vivido en la Compañía con grande ejemplo de religión y más en particular los años antes que llegara á la simplicidad que habemos dicho, en que parece que le previno Nuestro Señor para su muerte que había de

llegar cuando no tuviese uso de razón para recibirla. Porque en aquel tiempo andaba con tanto cuidado de la pureza de su conciencia, que se solía confesar dos y tres veces cada día, visitaba muy frecuentemente el Santísimo Sacramento y lo recibía cada día, porque no estaba para decir Misa, hasta que del todo estuvo imposibilitado de hacerlo. Llevaba con mucha paciencia sus enfermedades, y para esto sólo parece le había quedado conocimiento. Porque cuando le preguntaban cómo estaba, sólo respondía: Que como Dios quería, y que se hiciese su divina voluntad; respuesta de que colegían los que la oían, que merecía mucho este siervo de Dios, aun con lo que en ese tiempo padecía y que le sirvió de Purgatorio para la otra vida, y que entrase en el cielo con la inocencia de los párvulos, de los cuales dijo Cristo Nuestro Señor que era el reino de los cielos. Murió el año de 1615, de edad de 71 y 53 de Compañía, y los 28 de profesión de cuatro votos, y está enterrado en nuestro Colegio de México.

CAPITULO XXII.

Vida del muy espiritual y religiosísimo varón P. Martín Fernández, de la Compañía de Jesús. Año 1619.

Fué el P. Martín Fernández un varón á quien con mucha razón pudiéramos aplicar las breves palabras con que Cristo Nuestro Señor pintó y describió la vida de su primitivo discípulo Nathanael, diciendo de él (Juan 1, 4, 7) *Ecce vir Israelita, in quo dolus non est*, en las cuales palabras comprendió el Salvador del mundo la vida inocente, pura y sin doblez de este varón, que fué de los primeros ó el primer discípulo que avisado del Apóstol San Felipe vino á buscar, conocer y tratar con Cristo Nuestro Señor, con cuya primera plática y conversación le quedó tan aficionado é hizo tan alto concepto de ese Señor, que lo reconoció por Hijo de Dios, y por el Rey y la gloria de Israel. *Tu es Filius Dei, tu es Rex Israel*, y gustó tanto de la dulcísima conversación del Señor, que se quedó por familiar discípulo suyo.

Mucho pudiéramos decir de la inocencia y pureza de vida sin doblez del P. Martín Fernández y de su familiarísimo trato que desde sus tiernos años tuvo con Cristo Nuestro Señor; pero de lo poco que aquí escribiremos se podrá rastrear y colegir los grandes tesoros de todas virtudes que Nuestro Señor se dignó depositar en su alma, previniéndole muy temprano con su gracia y para que fuese produciendo tales frutos, cuales en el resto de su prolongada vida se lograron. Fué natural de Daimiel en la Mancha, de donde vino á estudiar á la Universidad de Alcalá, y siendo de edad de 18 años, y graduado en las artes, fué recibido en la Compañía. Pero desde edad de 6 años se puede decir que empezó la carrera de santidad y perfección que consiguió. Porque si ésta consiste principalmente en el amor de Dios ejercitado y probado con trabajos, el Padre la alcanzó muy enteramente, pues como él solía referir no sin grande estima y agradecimiento á su divina Majestad, teniendo éste por singular beneficio, no se pasó día

desde que tuvo uso de razón, que no padeciese algún dolor, sin que por esto perdiese la paz de su alma, ni en el semblante de su rostro se conociese algún género de impaciencia ó falta de sufrimiento ó menos conformidad con la voluntad de Dios, de donde resultaba en el Padre andar siempre con tal modestia y compostura, que ponía admiración á los que le conocían, así siendo estudiante seglar, como después de haber entrado en la Compañía, guardando siempre esta modestia exterior, indicio manifiesto de la interior de su alma. Ayudóle mucho una representación que siendo niño tuvo entre sueños, en la cual se le puso delante tan vivamente la muerte, que le causó gran pavor y espanto; y de éste se le siguió un aborrecimiento tan grande al pecado, que se entendió no haberle cometido mortal en toda su vida; y para poderse guardar mejor, comenzó desde tan tiernos años á macerar su carne con ayunos y disciplinas, lo cual continuó después de haber entrado en la Compañía, y con tanto rigor, que siendo Hermano estudiante se levantaba de noche á tomar disciplina hasta quedar del todo rendido y cansado, y en la flor de esa edad comenzó á despedir de sí tal olor y fragancia de virtud, que todos le miraban como á persona irreprensible, y tan apartado de las cosas del mundo y entretenimientos que son tan propios de mozos, que se echaba de ver que los suyos eran del cielo, en el trato y comunicación con Dios por medio de la oración.

A esta causa, viéndole los Superiores tan inclinado á cosas de virtud y tan aventajado en ellas, luego que le ordenaron le enviaron al Colegio de Ocaña á hacer oficio de Prefecto de espíritu. De allí á poco pasó á esta Provincia de Nueva España, y aunque él se aplicaba á misiones y de hecho le enviaron á Culiacán, cerca de Sinaloa, donde procedió con tanto ejemplo de santidad que ganó los ánimos de todos los que trataba, imprimiendo en sus corazones una grande estima de la Compañía; con todo, viendo el P. Antonio de Mendoza, que á la sazón era Provincial, el gran talento que Nuestro Señor le había dado para gobernar, le trajo al gobierno del Colegio de Valladolid, y después fué dos veces Rector del Colegio de la Puebla y tres veces del de México, y cuatro veces Maestro de novicios, y todas ellas con grande satisfacción. Esmeróse siempre el P. Martín Fernández en la caridad, cura y regalo de los enfermos y achacosos, y aunque era grande el cuidado que ponía en curar esas enfermedades corporales, mucho mayor le tenía en remediar, ayudar y adelantar las almas de sus súbditos en su espíritu, dándoles saludables consejos, llamándoles muchas veces á su aposento, yendo algunas veces á visitarlos á los propios de ellos, no dejándoles de la mano hasta dejarlos alentados, remediados y consolados. Confesando ellos mismos que el Padre, después de Dios, era la causa de su bien y aprovechamiento, y así hallando tan buena acogida y consuelo en el Padre, era frecuente el recurso que á él tenían de ordinario sus súbditos, demás de que su trato fué tan afable y mostraba tanta suavidad y apacibilidad en su semblante, que robaba los corazones de los que le trataban, y salían de su presencia muy alentados para el divino servicio. A esta apacibilidad del P. Martín Fernández acompañaba su grande humildad y conocimiento propio, y siendo persona de tanta autoridad, edad y prudencia, tenía siempre tan bajo concepto de sí, que no queriendo guiarse por su parecer y juicio, de buena gana se sujetaba al ajeno, preguntando en

las cosas que hacía á otros si iban bien ó había algo que enmendar en ellas. Todo esto sacaba el Padre del trato familiar que con Nuestro Señor siempre tuvo en la oración, para la cual se levantaba á las doce de la noche y se estaba en ella hasta que todos salían de la común, gastándola toda en tan tiernos coloquios con Nuestro Señor, con tanta abundancia de gemidos y lágrimas, que los que vivían cerca de él, participaban de sus devotísimos afectos. De aquesta unión con Dios, también nacía el despego de las cosas del mundo, la extremada pobreza, que era tal que nunca tuvo cosa de precio ó estima con poder tan fácilmente adquirirla si quisiera. Antes lo que le daban y las limosnas, que eran muchas, las empleaba en ayudar á los que menos podían, no sólo dentro de casa, sino á los de fuera, ayudando algunas doncellas pobres á entrar en Religión, y á otras en cuanto podía. Ejercitóle Nuestro Señor con muchos achaques, los cuales llevaba con grande conformidad en la voluntad de Dios, de suerte que ya parecía se deleitaba en ellos y los reconocía por singularísimo beneficio, y decía, que á quien Dios hacía esta merced, le hacía un grande beneficio, y así él que tan ajustado estaba y tan conforme con la voluntad divina, no es mucho lo estuviese con sus reglas, procurando guardarlas exactamente; leyendo y meditando cada día una, y siguiendo en todo tan de veras la comunidad, que hasta pocos días antes de su muerte bajó al refectorio por no perder la lección espiritual, de que recibía mucho gusto, y más con el sacrosanto sacrificio de la Misa, procurando decirla, cuando la salud y fuerzas se lo permitían, aunque fuese con incomodidad suya. Mostrábase agradecido grandemente á los que le acudían á su aposento, con lo cual les obligaba á hacer con mucha voluntad ese oficio. Y para rematar brevemente la relación de las excelentes y religiosísimas virtudes ejercitadas por toda la vida de este espiritualísimo varón: echaba el sello la virtud tan profesada en la Compañía, de la santa obediencia, que fué tal, que el P. Rodrigo de Cabredo, Provincial que fué de esta Provincia, dijo, que le había obedecido el P. Martín Fernández como si fuera un novicio recién entrado en la Religión. Y antes de su muerte, habiendo pedido licencia al Padre Provincial Nicolás de Arnaya para ir á convalecer al Colegio de Tepotzotlán, y habiéndosela concedido, después que se dilataba por algunos días su ida, cuando le preguntaban acerca de ella, su respuesta era: «ya el Padre ha dicho que sí, y su Reverencia sabe el cuándo y el cómo; no tengo yo que decir ni replicar en eso.» Estando ya en Tepotzotlán, le fueron creciendo los dolores y le sobrevino un accidente que le privó algo de la antigua entereza de su juicio, sino para cosas de devoción, y por eso le olearon, y aunque estuvo así, tres días antes que muriese volvió á estar en su entero juicio. Pidió se le diese el Santísimo Sacramento, reconcilióse y recibió al Señor con grande afecto y devoción, habiendo pedido antes licencia para hacer renovación de sus votos, que con tanto cuidado en su vida había observado. Le duró el juicio todo el tiempo que fué menester para dar gracias por los beneficios que había recibido de la Mano divina, y después fué desfalleciendo hasta que expiró con la paz y serenidad que había siempre vivido: dejando á todos tan consolados por su dichosa muerte, cuanto lastimados de perder la Compañía de un tal varón, el cual dejó muy grande estima y opinión de su santidad, y grandes prendas de que fué á gozar del premio de sus ejemplarísimas y por tantos años

continuadas virtudes. Murió el de 1619, de edad de 68 años, los 50 de Compañía y los 33 de ellos profeso de cuatro votos; y aunque está enterrado en nuestra Iglesia de Tepotzotlán donde murió en los breves días que allí estuvo, pero por haber vivido mucho tiempo en el Colegio de México, escribimos su vida entre los varones que en él están sepultados y esperan resucitar en la gloria.

CAPITULO XXIII.

Vida y excelentes virtudes del P. Alonso Guerrero, ejemplo del menosprecio del mundo y Patrón del insigne Colegio de la Compañía de Jesús de México. Año 1639.

§ I

De la nobleza y riquezas que tuvo en el siglo el P. Alonso de Guerrero.

Habiendo escrito de los admirables frutos que se han seguido de la fundación del insigne Colegio que en la gran ciudad de México fundó la Compañía, y habiendo hecho mención de señalados varones que con sus letras y eminencia de virtudes lo ilustraron, tiempo es ya de escribir aquí la vida, ejemplares y heroicas virtudes del que no solamente ilustró este grande Colegio con ellas, sino que siendo nieto de su insigne fundador y heredero de sus muchas riquezas y patronato, lo aumentó y prosperó en bienes temporales, y finalmente, en él se dedicó y consagró á Dios y remató el curso de su santa vida, después de haber dado en todo el Reino de la Nueva España raros ejemplos de virtud. Este fué el P. Alonso de Guerrero, que desde el punto que renunció las riquezas y honras de nobleza que gozaba en el siglo, y se acogió al sagrado de la Religión de la Compañía de Jesús, en ella fué un dechado y ejemplar de menosprecio de la vanidad del mundo. Y aunque es verdad que la vida de este santo varón, poco después que murió, salió impresa en México, donde era muy conocida no sólo su nobleza, sino los ejemplos de virtudes con que edificó esta gran ciudad y patria suya, y después sacó á luz esta misma vida el P. Eusebio Nieremberg al fin del cuarto tomo de sus varones claros; pero eso no obstante, nos hallamos obligados á ilustrar esta historia con los esclarecidos ejemplos de sujeto tan principal de ella, por haber sido nieto del fundador del dicho insigne Colegio de México y heredero de su patronato, y después humildísimo súbdito que lo edificó con el ejemplo de su santa vida, la cual no habemos referido antes de las que atrás quedan escritas, atendiendo al tiempo de su dichosa muerte.

Y porque la virtud de este noble caballero comenzó desde sus juveniles años, y viviendo en el siglo en casa de sus padres, daremos principio por los ejemplos de nobleza cristiana que dió en ella, porque cuando esa se junta con la humildad que predicó Cristo Nuestro

Señor, y se profesa en la Religión, quedan la una y la otra, más esclarecidas y levantadas de punto, como lo escribió el Doctor Máximo de la Iglesia, San Jerónimo, del nobilísimo monje Pamachio, á quien llama: *Humilitate sublimemque*, con la humilde profesión de monje había sublimado su esclarecido linaje.

Nació, pues, el P. Guerrero en la insigne ciudad de México, de padres tan calificados en nobleza, cuanto son conocidos y estimados en esa ciudad los linajes de los Guerrero y Villaseca, el uno paterno y el otro materno, y entrambos tenidos por muy nobles. Y aunque el uno y otro fueron siempre muy ricos de bienes temporales, y el paterno fundó sus mayorazgos, sin otras muchas haciendas y posesiones que tuvo, por el materno que por parte de su madre heredaba el P. Alonso Guerrero del muy noble caballero Alonso de Villaseca, su abuelo y fundador de nuestro Colegio, fué mucho más poderoso, como dejamos escrito en los capítulos tercero y cuarto del libro segundo de esta historia, donde tratamos de la fundación insigne de este Colegio. Crióse D. Alonso Guerrero con muy grande virtud y recogimiento, porque su padre D. Agustín Guerrero era muy temeroso de Dios, y deseoso de que sus hijos se aficionasen á la virtud desde sus tiernos años, cuidaba de darles ayos de muy buenas costumbres, y de que estudiasen, como lo hicieron en este Colegio, hasta la Retórica, en la cual D. Alonso salió muy aventajado, porque siendo de natural muy compuesto y noble, aun después de haber dejado los estudios, buscaba ejercicios de letras y otros honestos en que ocuparse. El aparato y lucimiento de su persona en vestidos ricos, criados, libreas, jaeces de sus caballos, todo era grande. Lo uno, porque tenía con qué sustentarlo; lo otro, porque corría por cuenta de su padre, el cual era de ánimo tan magnífico, que tenía por honra y gusto particular que no hubiese quien en este aparato exterior se le igualase ó aventajase á sus hijos.

Y para que se entienda lo que D. Alonso Guerrero renunció cuando vino á la Religión, se añade á lo dicho, que su padre para que su hijo pudiese hacer mayor ostentación de su calidad y riqueza, le tenía señalados cada año cuatro mil pesos de cierta renta particular, para que los gastase y dispusiese de ellos á su voluntad. Pero el mancebo noble fué siempre tan medido y compuesto, que de sólo un real no había mal empleado ni aun lo gastaba en cosas indiferentes, sino en limosnas y otras obras del servicio de Nuestro Señor. Testigo fué de esto el devotísimo P. Bernardino de Llanos (cuya santa vida escribimos adelante), que fué Maestro de Retórica de D. Alonso Guerrero, y con quien trataba las cosas de su alma, y por cuya mano corrían las buenas obras que había de hacer; y escribiremos aquí una por ser de harta edificación y devoción. Entraba este noble mancebo un sábado por la tarde en nuestro Colegio, en tiempo que se cantaba la Salve de la Virgen Santísima, como se usa en nuestros estudios, asistiendo todos los estudiantes con mucha solemnidad de música, de voces é instrumentos. Agradado D. Alonso Guerrero de la celebridad tan devota, preguntó que quién daba limosna para sustentar aquella Capilla, y entendiendo que aquello corría por mano del P. Bernardino de Llanos, luego se le ofreció á dar cuanto fuese necesario para Misas y Salves de Nuestra Señora, y desde aquel punto hasta que entró en la Compañía, cumplió ésta su oferta con grande liberalidad y